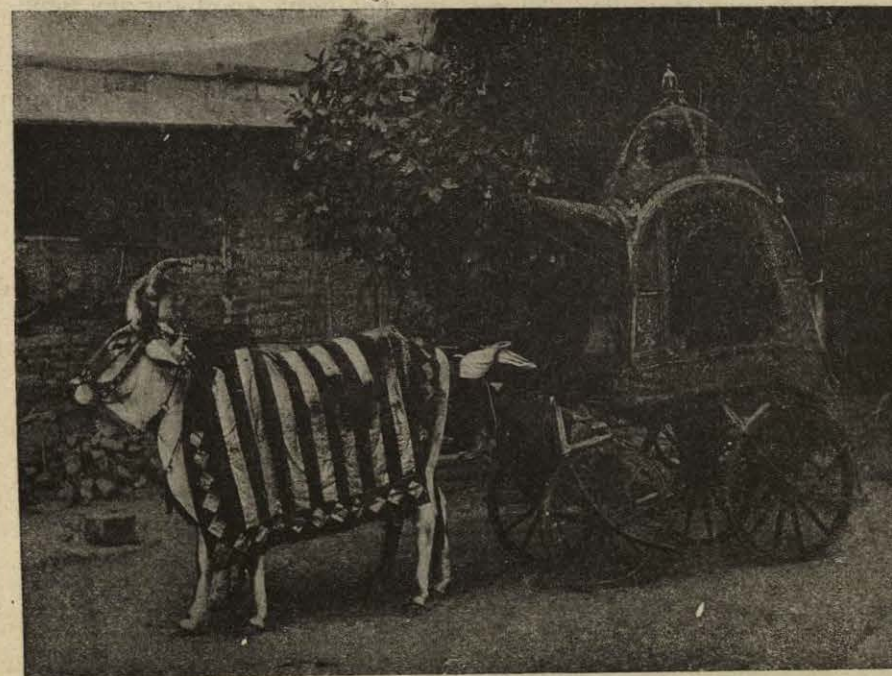


muestran en la historia, pero las narraciones, transmitidas de boca en boca durante siglos, han perdido toda precisión histórica: los enemigos vencidos reciben nombres de diablos y de dragones; hasta los aliados de los nobles Arios son tenidos por animales, harto dichosos con ser iluminados por los rayos emanados por la faz del soberano, Rama, el rey de la dinastía solar. Los «monos» de Hanuman fueron seguramente una de esas naciones asociadas a las expediciones arias de conquista. Un viajero¹ se pregunta si no ha de verse en esos compañeros cuadrumanos de Rama unos pueblos de la Indo-China que se distinguen por la forma de los pulgares de sus pies, distintos y oponibles. El nombre antiguo del Annam fué durante mucho tiempo la denominación china de Van-Lang, «Reino de los Pulgares sueltos». Como quiera que sea, la conquista aria terminó triunfalmente: la ciudad legendaria de Lanka, donde la divina Sita se hallaba encerrada, recibió, no sólo los guerreros, sino también los inmigrantes procedentes de las regiones arianizadas del Ganga, porque las lenguas de origen ario, el pali y el sanscrito, han influido mucho más sobre el lenguaje de los insulares que sobre los lenguajes de la India peninsular continental. El cinghalés está clasificado por todos los etnólogos entre los idiomas de la gran familia irania.

Después de las guerras de conquista vienen las guerras civiles. La dinastía solar y la dinastía lunar entraron en lucha por la posesión del imperio, y si se ignora el detalle de los acontecimientos durante el terrible conflicto, porque la epopeya de Mahabharata puede ser interpretada de muy diversas maneras por la geografía y la historia, al menos se sabe que entonces se hicieron grandes cambios en el equilibrio de las naciones hindus. Una leyenda muy curiosa desde el punto de vista de la geografía histórica refiere que el dios Agni Vaiçvanara, el «Fuego del Sacrificio», camina al oriente de la divina Sarasvati y alumbra triunfalmente sobre todos los ríos; pero llegado al río Sadanira, que desciende tumultuosamente de las gargantas de los montes septentrionales, se detiene mucho tiempo, incapaz de franquear la rápida corriente. Según Weber, el Sadanira es el río Gandaki, que sirve actualmente de límite entre el Audh,

¹ Paul d'Enjoy, *Les Pédimanes*, «Revue Scientifique», 28 Mayo 1899.



CARRETA INDIA PARA LAS MUJERES

Documento comunicado por la Sra. Massieu.

el antiguo reino de Rama, y el Bengala, que habitaron durante largo espacio de tiempo unos pueblos paganos y donde se hallan aún numerosas tribus no arianizadas. Pero después de esta detención temporal, el fuego tomó nuevo impulso para ir a purificar las tierras orientales, porque en la India, dicen los sacerdotes, el suelo ingrato se vuelve fecundo, no, como en el resto del mundo, por la actividad del campesino que labra y cerca con fosos sus campos, sino por los sacrificios purificadores de los brahmanes¹.

En esta sociedad de los Arios de la India, adoradores del Fuego, y sobre todo observantes de las fórmulas, todo, hasta la guerra, estaba regido por las órdenes de los sacerdotes. Antes de la batalla, los combatientes habían de recitar los «deberes del soldado», tales como se hallan reproducidos en las Leyes de Manu y en un tratado militar que se cree posterior al Mahabharata. Por lo demás, preciso es decirlo, el «código del honor» era más humanitario entonces

¹ Hermann Oldenberg, *Buddha*, ps. 10 y 11.

que el de nuestros días. El rey que se digna combatir no tiene derecho a herir por medio de cañas con estilete, con flechas dentadas o envenenadas, ni con tiros inflamados. «Que no hiera enemigo que huye sobre una altura, ni un eunuco, ni un suplicante, ni un escapado, ni a un hombre sentado, ni al que exclame: «Yo soy tu prisionero». Que no hiera tampoco al que duerme, ni al guerrero que ha perdido su cota de malla, ni al hombre desnudo; ni tampoco al que está desarmado, que mira el combate sin tomar parte en él o que ha sido sorprendido por otro enemigo. Que no hiera el hombre a quien se le han roto las armas, ni al que está debilitado por el dolor, ni al que está gravemente herido, ni al que tiene miedo; acuérdesese siempre del deber de un leal guerrero... Sólo aquellos que tienen armas iguales pueden combatirse: el hombre que lucha en carro no puede atacar a otro adversario que no sea un guerrero que lucha también en carro; el caballero puede dirigirse únicamente contra otro caballero; los infantes deben batirse contra los infantes»¹.

A pesar de las violencias que dominan naturalmente en el estado de guerra, esos preceptos eran generalmente observados, no por bondad de alma, sino porque la diferencia de las castas había entrado en la substancia misma del pensamiento. Los Griegos que visitaron la India después de la invasión de los Macedonios se admiraban de ver al labrador dirigir tranquilamente el arado cuando cerca de él dos ejércitos enemigos estremecían el suelo². Pero esta filosofía práctica del humilde campesino era debida a que no tenía el menor interés en la victoria ni en la derrota del uno o del otro partido. Hombre de casta inferior, fatalmente extranjero a todos, no tenía patria, y todos aquellos a quienes veía luchar por la posesión del suelo eran para él igualmente enemigos. Jamás en ningún otro país de la tierra se había producido tan claramente la división de los hombres en especies artificiales esencialmente distintas.

Se ha querido explicar el nacimiento de las castas por la preocupación prudente de legisladores que editaban prescripciones para

¹ E. W. Hopkins, *The social and military Position of the ruling Caste in India*, p. 227; Ernest Nys, *l'Inde Aryenne*, p. 24.

² Megasthènes; Irving, *Theory and Practice of Caste*, p. 75, citado por Oldenberg, *Buddha*, p. 12.



INCINERACIÓN DE LOS CADÁVERES EN BENARES

Documento comunicado por la Sra. Massieu.

conservar la pureza de la sangre: «la higiene de la raza», tal hubiera sido la razón de ser de esa rigurosa institución; de ese modo habría perfecta coincidencia entre las medidas de preservación ordenadas por la ley de Manu y los consejos dados por los higienistas modernos¹. Sin embargo, las reglas formuladas por las leyes respecto de los matrimonios, se refieren, no a las uniones contraídas de una casta a otra, sino a las que se hacen en una misma casta, y en cuanto a los cruzamientos de pueblo a pueblo, de raza a raza, ¿no prueba sobradamente el experimento practicado en el mundo entero que la mezcla de las sangres puede hacerse en muchas circunstancias, no sólo sin inconveniente, sino también con resultados muy favorables para el mejor desarrollo de la especie? ¿No son las naciones más civilizadas precisamente aquellas que han atraído a su seno más hombres de todo origen y que, por consecuencia, han sido más ínti-

¹ Sir J. Fayrer, *Preservation of Health in India*.

mamente removidas y refundidas hasta constituir en cada hombre todas las razas del universo? Pero esas mezclas se realizan al azar, y puede preguntarse cuáles son las mezclas justificadas por la excelencia de los resultados, y cuáles, por el contrario, las que la Naturaleza reprueba. Sobre este punto, la ciencia dista mucho de estar hecha; sin embargo, puede decirse que es a lo menos audaz y contrario a la experiencia general, pretender que, estableciendo las castas, los Arios de la India se daban cuenta razonada de las consecuencias étnicas que producirían los cruzamientos.

Pero dejando a un lado las hipótesis de «nacionalistas» y patriotas, defensores de una supuesta pureza original de su raza, es necesario estudiar los hechos mismos. Así considerados, los orígenes de las castas son múltiples. Es indudable que la conquista entró en gran parte en la formación de ese régimen: el nombre mismo de las castas — *varna* o color, — parece indicar que, cuando la invasión de los Arios, las clases se superpusieron según el color de la piel entre los conquistadores y los conquistados. Los primeros eran los blancos; a continuación e inferiores a ellos venían los rojos, los amarillos y los negros, y, aunque esta división sea bajo muchos aspectos muy arbitraria, responde, no obstante, de una manera general a la realidad: los invasores se distinguían, en efecto, por el matiz blanco o blanquecino de la piel, en tanto que las poblaciones dominadas presentaban en su gran mayoría tipos de matices más oscuros, y los vencedores no dejaban nunca de exagerar las diferencias de esa clase en provecho de su vanidad. Pero la conquista no fué sino el principio del régimen de la casta: la opresión del amo, continuando durante siglos y siglos, hizo de ella una institución aceptada por todos, la transformó en un dogma religioso, en una especie de fatalidad de apariencia ineludible y acabó por modelar la sociedad toda entera siguiendo un plan jerárquico cuyas líneas pudieron creerse definitivamente fijadas.

Según los comentadores clásicos, la sociedad hindu se dividió desde sus orígenes en cuatro castas bien concretas y limitadas: los sacerdotes Brahmanes, los guerreros Kchatryas, los pastores o agricultores Vaiçyas, y, por último, los Sudras, gentes de orden inferior que se ocupaban de diversos oficios reputados sin nobleza. Esas

cuatro castas de desigual dignidad eran, no obstante, «puras», puesto que salían toda de diversas partes del cuerpo de Brahma. Debajo de ellas bullía la multitud de los «impuros», de los bárbaros y de los diablos que ni siquiera merecían ser clasificados entre los hombres. Sin embargo, esta división es puramente teórica y no corresponde en manera alguna a la realidad, porque cada pueblo de la India ofrece siempre una diferencia en el número y la jerarquía de las castas según las diversidades de origen, de emigración, de oficios, de tradiciones, de costumbres y de religión; los escritores griegos y latinos, en vez de enumerar cuatro castas, cuentan siete, y su número varía en cada provincia, elevándose en algunas a decenas y en otras a centenas; en el Bengala, país de conservadorismo a todo tance, se hallan inscritas más de mil castas en los documentos oficiales, y con las subdivisiones existirían muchos miles; rigurosamente circunscrita en sus límites alguna casta, se compone solamente de dos individuos, de tal modo ha sido llevado al extremo y al



Cl. Giraudon.

AGNI

dios del fuego, sus dos cabezas representan el fuego doméstico y el fuego del sacrificio. Lleva a los dioses el humo de los altares y las oraciones de los hombres.

absurdo el trabajo de escisiparidad¹. Hasta los animales fueron divididos en castas: la rata de las palmeras, que trepa a la cima de los árboles y se nutre de alimentos escogidos, pertenece a buena casta; el cuervo, ave lúgubre de la muerte, es considerado como ser de clase impura y vil.

Las primeras edades de la raza aria en la India no fueron ciertamente, a pesar de cuanto digan los Brahmanes interesados en el asunto, un período caracterizado por la dominación de los sacerdotes. Durante la conquista, el poder supremo perteneció sin duda a los guerreros, y los sacerdotes que les acompañaban sólo tenían un derecho secundario, el de rogar para que descendiera el favor de los dioses sobre las armas de sus señores: no se habla de una manera formal de las castas más que en un solo pasaje del Rig-Veda², aunque el conjunto de los textos hace constar ciertamente la existencia de grandísimas desigualdades sociales. En aquella época, la casta superior era aún la de los Kchatryas, pero con el ejercicio del poder, los hijos de los antiguos jefes de bandas, corrompidos por el goce de privilegios hereditarios, cayeron en la red de las maquinaciones y de las intrigas sabiamente tejidas por los astutos Brahmanes, aduladores de la monarquía. Haciendo gran ostentación de moralidad, comprendiendo en ella la benevolencia y la caridad hacia los pobres, los cantores, los poetas y los sacrificadores brahmanes terminaban siempre sus himnos por una petición de una franqueza casi cínica: « ¡Dadme una casa rica en caballos, en vacas, en oro! ¡Dadme dos, diez vacas! ¡Dadme doscientas diez vacas! ¡Dadme diez millones de vacas! ¡Dadme por centenas, por millares, presentes sólidos! »³. Así fué como acrecentando sus bienes, aquellos mansos hombres, aunque no reinando en persona, llegaron a ser, no obstante, los dueños del país y repartieron estrictamente la masa de la población hindu en esa extraña jerarquía de clases claramente separadas las unas de las otras, y obligadas a abandonar toda idea de derecho personal y de iniciativa, para no tener otro ideal que el de «guardar sus distancias».

Del Audh, que fué el centro del arianismo dominador, el sistema

¹ Nelson, *Madura Country*.

² Z. A. Ragozin, *Vedic India*, p. 281.

³ *Rig-Veda*. Trad. de Langlois.

de las castas se extendió por toda la India hasta la extremidad meridional de Ceylán. No existe palabra en ningún lenguaje dravidiano para expresar la idea de la separación absoluta de los hombres en grupos irreductibles: el término *jati*, empleado en el país, es, como la cosa misma, de importación aria. ¡Regalo terrible de los «civilizadores!»¹. Los invasores procedentes del Norte fueron quienes, colocándose a la cabeza de la sociedad para vigilarla en silencio, atribuyeron a cada clase, en la división del trabajo, una tarea constante, inmutable, unida al individuo como su osamenta y su piel. En cuanto a los Brahmanes, están por encima de toda casta; llevan sobre el hombro el hilo de cuatro hebras que los hace «dioses sobre la tierra». Ellos son los depositarios de la voluntad y del poder; «ellos quienes tienen las llaves del paraíso y del infierno». «En mi voluntad, dice el brahmán, en mi voluntad tomo tu corazón y tu pensamiento sigue mi pensamiento». «Hasta mendigando el brahmán es superior a los reyes». El soberano que han consagrado los sacerdotes como dueño del pueblo no es su dueño;



Museo Guimet.

Cl. Giraudon.

BRAHMÁN Y BRAHMINA EN TRAJE
DE SACRIFICIO

Fragmento del carro sagrado
destinado al paseo de los dioses.

¹ William Logan, *Malabar*, Madras, 1887-1891.